



Miguel Fernández de la Peña<sup>1</sup>

Recibido: 4 de noviembre de 2016 / Aceptado: 25 de noviembre de 2016

**Resumen.** Los estudios de filosofía política en torno a la obra de Maquiavelo parecen marcados por dos tendencias. En primer lugar, la autonomía de la política respecto de otras esferas como la moral parece suponer la aparición de unos mecanismos técnicos ajenos a todo valor. En segundo lugar, es frecuente que dichos estudios tengan en cuenta exclusivamente los instrumentos políticos pertenecientes al “arte del Estado”, dejando al lado toda consideración de sus ideas políticas de corte programático. Este artículo trata de salvar estas dos limitaciones poniendo el centro de atención en los principios políticos insertos en el proyecto maquiaveliano.

**Palabras clave:** Maquiavelo, moral, principios políticos, arte del Estado.

## [en] Political principles in Machiavelli. Between the art of the State and morality

**Abstract.** The studies of political philosophy about Machiavelli's work seem to be marked by two trends. First, the autonomy of the politics from other spheres as morality seems to involve the emergence of some technical mechanisms alien to any values. Second, these studies usually focus exclusively on the political instruments belonging to the “art of the State”, laying aside most of his political subject-matter ideas. This article attempts to save these two limitations by trying to focus on the political principles inserted on the Machiavellian project.

**Keywords:** Machiavelli, morality, political principles, art of the State.

**Cómo citar:** Fernández de la Peña, M. (2016) Los principios políticos en Maquiavelo. Entre el arte del Estado y la moral, en *Ingenium. Revista Electrónica de Pensamiento Moderno y Metodología en Historia de la Ideas* 10, 75-91.

Maquiavelo ha servido a lo largo de la historia para abanderar las posturas políticas más dispares. Desde su celebración por parte del fascismo italiano hasta ser considerado como un pilar en la construcción de las democracias representativas por la vía del republicanismo. Por otro lado, dentro de la academia se ha interpretado su obra partiendo de múltiples puntos de vista, de tal modo que han

<sup>1</sup> E-mail: miguelmixel@hotmail.com

sido diversos autores los que han reflexionado sobre la misma, agrupados en muchos casos en corrientes opuestas. A pesar de ello, no es frecuente encontrar estudios que se centren en el contenido material de su programa político, o que se planteen, siquiera, si es que acaso contaba con uno. La disputa más frecuente sigue tratando de dilucidar si dio su apoyo a las repúblicas o a las monarquías, como si fuese éste el único punto de interés desarrollado en sus textos. En cambio, en el presente escrito nos centraremos en el contenido de algunas de sus propuestas políticas básicas, las cuales tienen la particularidad de tener cabida dentro de modelos republicanos y monárquicos, siempre que se entiendan como tipos formales y no como elaboraciones con un contenido sustancial inherente.

Existe un consenso generalizado respecto de la idea de que Maquiavelo representa, en el contexto de la gestación de la Modernidad, el primer intento consciente de dotar a la política de autonomía en tanto que disciplina independiente de la moral o la religión. Como ejemplo de ello podemos encontrar la posición de la filósofa alemana Hannah Arendt (1906-1975), quien consideró que la obra de Maquiavelo suponía una distinción nítida entre política y moral<sup>2</sup> al entender que la política se dedica al estudio del mundo más que del yo, a diferencia de la moral o la religión, cuyo fin es la salvación del alma. El presente artículo no trata de poner en cuestión la autonomía de la política, sino más bien profundizar en torno a cómo se relacionan la moral y la política en la obra del autor florentino. En este sentido, argumentaremos a favor de la idea de que, si bien es cierto que la política institucional no puede evaluarse conforme a los criterios de la moral individual, Maquiavelo contaba con una serie de concepciones morales, las cuales se pueden rastrear a lo largo de sus textos en forma de iniciativas políticas.

Debemos precisar primeramente que no se trata de considerar a Maquiavelo como un adalid del fuerte compromiso ético de los seres humanos, ni entender su pensamiento como impulsor de una moral incondicional. En cambio, sostendremos que se trató más bien de un político capaz de proponer un modelo de sociedad acorde con unas pautas que finalmente nos conducen a una determinada forma de entender las relaciones humanas, de acuerdo a la cual se gestionan los conflictos sociales. Es decir, frente a la idea de que la obra de Maquiavelo se erige tan solo como un manual del arte del Estado, a través del cual se obtienen las herramientas conceptuales para la adquisición y el mantenimiento del poder político, presentaremos a un hombre que pretendía cambiar su ciudad de acuerdo a una serie de valores, de modo que su práctica en las instituciones le permitió investigar acerca de los medios a través de los cuales ser capaz de llevarlo a cabo. Por tanto, sin desdeñar su tarea respecto del arte del Estado, nos centraremos en el ámbito del contenido de sus iniciativas políticas. Tal y como sostiene Francesco Bausi, haciendo suyas las palabras de Giulio Ferroni, «el “pensamiento” maquiaveliano sería el resultado “no precisamente del esfuerzo teórico y epistemológico, no de abstractos propósitos modelizantes, ni de la pretensión de establecer una nueva configuración del espíritu humano”: sería el “pensamiento”, concretamente, de un político, no el de un filósofo.»<sup>3</sup> A partir de esto debemos aceptar el hecho de que adquirió sus habilidades en el ámbito de la política institucional a través de su

---

<sup>2</sup> H. ARENDT, *Responsabilidad y juicio*, Espasa, Barcelona, 2014, 28.

<sup>3</sup> F. BAUSI, *Maquiavelo*, Universitat de València, Valencia, 2015, 23.

participación en el gobierno florentino, participación que venía motivada por la búsqueda de un nuevo proyecto de sociedad conforme a una determinada forma de entender el bien de la comunidad. Esos valores que inspirarían el proyecto maquiaveliano distan mucho de ser los propios de los ideólogos del absolutismo, alejándose a la par de toda expresión de un pragmatismo ciego y recalcitrante. Si asimilar a Maquiavelo al proyecto monárquico resulta complicado, igual dificultad se presenta al tratar de limitar su punto de vista a la pura tecnificación de la política, aquella ajena a todo tipo de contenido valorativo<sup>4</sup>.

Con el propósito de aclarar nuestro punto de partida, conviene que tengamos en cuenta las diferencias y los puntos de unión entre política, moral y ética. Podemos definir «política» como la actividad dedicada a la gestión de los múltiples conflictos sociales que pueden tener lugar dentro de un grupo humano o en la relación de este con otros, de modo que dicha gestión se llevará a cabo a partir de una serie de criterios que desarrollarán la forma en que se deben relacionar entre sí los sujetos. Por otro lado, se puede entender «moral» como el conjunto de normas que tratan de adecuar la conducta individual a unas prescripciones sociales que permitan una correcta convivencia en una comunidad determinada, de tal modo que se establezcan canales que eviten la persistencia de conflictos que debiliten al grupo. Partiendo de estas dos definiciones no cabe más que entender la política como el medio a través del cual quienes ostentan el poder son capaces de imponer un código que marque cómo se han de comportar los miembros de la comunidad, es decir, una moral. Debemos subrayar que definir así moral no implica evaluar como válidas todas las formas en que ésta se desarrolla. Frente al inevitable carácter contextual de la moral, la «ética» podría ser definida como el estudio de las diferentes maneras de establecer pautas de comportamiento en la búsqueda de una categoría que trascienda la unidad cultural, y por tanto que pueda ser entendida como un universal antropológico. De este modo, afirmar que en toda política existe una noción de moralidad no debiera suponer la participación en dicha forma de entender las relaciones de grupo. La moral en este sentido es tan solo un particular código de comportamiento que trata de armonizar las conductas, independientemente de si para un tercero resultan adecuadas o no. ¿Merece dicho código el calificativo de moral aunque desde nuestra perspectiva resulte injusto? Debe ser considerado moral en tanto que establece prescripciones y prohibiciones a través de las cuales se mantiene la cohesión social en una determinada comunidad humana.

Conforme a este modo de entender los conceptos apuntados, podemos sostener que Maquiavelo no se propuso la posibilidad de elaborar un código ético a partir de una reflexión sistemática. En cambio, a medida que fue analizando diversas cuestiones políticas a lo largo de sus escritos, dejó reflejado en las mismas una serie de preceptos que nos permiten comprender su proyecto político, a los cuales nos referiremos en el presente texto como «principios políticos». Es en este punto

---

<sup>4</sup> Debemos tener en cuenta a este respecto que si bien se puede considerar que existen ciencias, comúnmente conocidas como «puras» o «naturales», que no requieren de una explícita toma de partido en favor de una cierta posición para su correcto desarrollo, la teoría política exige el posicionamiento del investigador respecto de unos valores u otros, ya que la investigación política debe abordar la cuestión de cuál es el mejor régimen, lo cual no se puede plantear sin antes optar por los valores que ejemplifiquen «la buena o mala vida»: L. STRAUSS, *¿Qué es filosofía política? y otros ensayos*, Alianza Editorial, Madrid, 2014, 96-99.

aparece como trascendental la diferencia en la obra de Maquiavelo entre «la política» y el «arte del Estado» tal y como Maurizio Viroli la señala. Si bien Maquiavelo entendía que era necesario establecer instrumentos que conformasen un arte del gobernar, para él lo más importante era «crear vida política»<sup>5</sup>, es decir, desarrollar un proyecto político que contase con una dimensión colectiva derivada de la concepción clásica republicana:

Volviendo a la cuestión de si Maquiavelo rechazaba o sostenía la idea de la política defendida por los filósofos cívicos, o si preconizaba una mezcla entre política y arte del Estado, creo que hay que buscar la respuesta en el hecho de que perpetuó el lenguaje republicano de la política y contribuyó a mantener vivo el ideal republicano del político. Recomendó integrar la filosofía cívica en el arte del Estado, pero no reducir la primera al segundo. Siempre hizo una clara diferenciación, dotando a la política de un rango superior. Incluso cuando escribía defendiendo el arte de Estado, como hiciera en *El Príncipe*, nunca lo denominó «política» y siempre habló de él como un elemento transitorio y subordinado a la política. Maquiavelo no contribuyó a cambiar el significado de la política. En realidad, reformuló la filosofía cívica para que pudiera ser útil a quienes se enfrentaran a la tarea histórica de restaurar la república y liberar Italia. Ambos objetivos requerían de un auténtico político capaz de recurrir al arte del Estado, de ser necesario. Lo que proponía Maquiavelo era educar al gran político que precisaban Italia y la futura república.<sup>6</sup>

Para Viroli, el adjetivo «político» se equipara en la obra de Maquiavelo a la igualdad cívica propia del republicanismo y la *aequa libertas*, es decir, «el acceso en condiciones de igualdad de los virtuosos a las más altas magistraturas.»<sup>7</sup> Requiere además que los ciudadanos den prioridad a los intereses de la ciudad, es decir, que tengan el hábito de ejercer la virtud cívica, tanto desde su posición de ciudadanos corrientes como en el caso de los magistrados<sup>8</sup>. Otro aspecto fundamental en la idea del *vivere politico* en Maquiavelo es la inevitabilidad de la permanencia de conflictos sociales, situación que no cabe ser superada independientemente de los esfuerzos realizados en pro de la paz y la concordia. Es más, Maquiavelo sostendría que los conflictos son beneficiosos en tanto que permiten la existencia de la libertad política, siempre y cuando no degeneren en guerra civil. En este sentido, para Maquiavelo no cabe superar «lo político», ya que no cabe solución definitiva a los asuntos humanos debido a que la vida está en movimiento y las pasiones de los hombres se mantienen en pugna, y por tanto, como decíamos anteriormente, el arte del Estado aparece en una posición de subordinación y transitoriedad.

Debido a que se trata de un punto significativamente importante para entender su posición en torno a la moral, conviene aclarar cuál es la naturaleza del hombre a ojos de Maquiavelo:

<sup>5</sup> M. VIROLI, *De la política a la razón de Estado. La adquisición y transformación del lenguaje político (1250-1600)*, Ediciones Akal, Madrid, 2009, 211.

<sup>6</sup> *Ibid.*, 211-212.

<sup>7</sup> *Ibid.*, 191.

<sup>8</sup> *Ibid.*, 193.

Como demuestran todos los que han meditado sobre la vida política y los ejemplos que de ella está llena la historia, es necesario que quien dispone una república y ordena sus leyes *presuponga* que todos los hombres son malos, y que pondrán en práctica sus perversas ideas siempre que se les presente la ocasión de hacerlo libremente;...<sup>9</sup>

Este fragmento nos advierte de que la existencia de la política implica obligatoriamente considerar que el hombre es malo, ya que de no ser así no habría necesidad de ésta entendida como la actividad dedicada al establecimiento de un orden jurídico que castigue y premie una serie de comportamientos por medio de una estructura institucional. Resulta muy significativo el hecho de que Maquiavelo no afirme rotundamente la «maldad» de los seres humanos ni aborde el asunto por medio de un procedimiento más sistemático. Simplemente es consciente de que se *presupone* tal maldad debido a que los hombres no parecen convivir los unos con los otros de manera armoniosa y espontánea. De ser así, tal y como hemos abordado con anterioridad, la política dejaría de presentarse como una necesidad social debido al cumplimiento integral de la moral por parte de todos los sujetos, sin necesidad de coerción. La presunción, por tanto, tal y como sostiene Josep Olesti, implica que el pesimismo antropológico de Maquiavelo, como el de Hobbes, «no aparece como resultado de una investigación filosófica sobre la naturaleza humana [...] sino que se formula en términos prudenciales»<sup>10</sup>.

La supuesta maldad a la que hemos hecho referencia resulta en la práctica intrascendente, ya que lo fundamental en la posición maquiaveliana no es si el hombre es bueno o malo en su esencia, sino la certeza de que su comportamiento se puede orientar: «...no debes tener muy en cuenta lo que se diga sobre la buena o mala disposición del pueblo, siempre que lo organices todo de forma que puedas mantenerlo así,...»<sup>11</sup>. Es decir, lo primordial es saber adecuar la realidad política al objetivo de armonizar los comportamientos de unos humanos con otros, lo cual concuerda con la forma en la que hemos definido anteriormente la relación entre política y moral.

Nuestra elaboración hasta el momento nos lleva a sostener que lo que legitima la posición de Maquiavelo es el hecho de entender que la moral es una creación social necesaria pero contingente, que, como tal, es un producto político en el cual no caben «universalismos». Por tanto, si la política es el instrumento que permite el establecimiento efectivo de una moral en la sociedad, resulta adecuado que la política haga uso de principios contrarios a la propia moral convencional si se hace en beneficio del desarrollo social de ésta. La política viene de este modo a establecerse como «protectora» de la moral en el proyecto colectivo a largo plazo, lo cual supone que se da primacía a la política sobre la evaluación moral subjetiva de una serie de comportamientos concretos. ¿Por qué entonces se ha entendido por parte de algunos autores que Maquiavelo separaba la política y la moral? Quizás la

<sup>9</sup> N. MAQUIAVELO, *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*, Alianza Editorial, Madrid, 2009, 40 (I, 3).

<sup>10</sup> J. OLESTI, «Le machiavélisme de Hobbes», *Archiv für Rechts- und Sozialphilosophie (ARSP)*, vol. 97, n° 4, (octubre 2011), 455 (trad. del autor).

<sup>11</sup> N. MAQUIAVELO, *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*, Alianza Editorial, Madrid, 2009, 174 (I, 58).

respuesta la podamos encontrar en el siguiente fragmento de la obra de Francisco Fernández Buey (1943-2012):

Maquiavelo es para Gramsci, a la vez, un científico de la política y un hombre político. Como científico, establece una distinción analítica entre la moral y la política, precisamente para dar autonomía a la política como ciencia, como reflexión racional. Esta distinción analítica, hecha por razones metodológicas, no niega toda moral. El mismo Maquiavelo, como hombre político, no puede dejar de ocuparse del «deber ser».<sup>12</sup>

Lo cierto es que la separación de la política y la moral suponen que el gobernante, en su acción política diaria, no toma sus decisiones usando como último criterio las normas morales comúnmente aceptadas. En este sentido, Maquiavelo no solo afirma la necesidad de otra moral, sino que presenta aquellas normas que el gobernante puede obviar en el ejercicio directo de su poder, lo cual no contradice su posición respecto de la potencialidad de la política para hacer del hombre una criatura más virtuosa moralmente, la cual es producto de su experiencia vital en una ciudad que a sus ojos requería de un redentor<sup>13</sup>. Florencia necesitaba alguien capaz de revitalizar las normas de civilidad; aquél que lo hiciera no sería un clérigo como Girolamo Savonarola (1452-1498), sino un profeta armado, es decir, alguien con los instrumentos para imponer por la fuerza aquellas disposiciones políticas que armonizasen la vida en comunidad.

Antes de abordar sus principios políticos, debemos atender a las propuestas maquiavelianas de tipo técnico, es decir, aquellas que englobábamos dentro del arte del Estado. Se trata en la mayoría de los casos de mecanismos que podrían servir en la práctica para intervenir eficazmente en cualesquiera tipos de organización política, de tal modo que sirviesen a las aspiraciones del magistrado ateniense y a su vez a las del más autoritario de los dictadores. Ejemplo claro de ello es la forma en que se aconseja en el capítulo XXIII de *El Príncipe* cómo se ha de huir de los aduladores, materia que interesa a todo aquel que ocupe un puesto de responsabilidad, ya que los engaños de éstos pueden suponer su ruina. Por tanto, hay que entender las propuestas propias del arte del Estado como elementos que surgen como consecuencia del intento de desarrollar una «ciencia política», aquella encargada de investigar asépticamente sobre, entre otras muchas materias, el mantenimiento del orden político, con independencia de su titular<sup>14</sup>. Es precisamente a causa de su reflexión en torno a los medios de actuar en política de forma eficaz por las cuales nuestro autor se ha ganado la nefasta fama con la que

<sup>12</sup> F. FERNÁNDEZ BUEY, *Leyendo a Gramsci*, El Viejo Topo, 2001. Debo esta referencia a Àlex Marquès.

<sup>13</sup> «No se ve en el momento presente en quién se pueda depositar mejor sus esperanzas que en vuestra ilustre casa, la cual con su fortuna y virtud (favorecida por Dios y por la Iglesia, de la que ahora es príncipe) pueda ponerse a la cabeza de esta redención.»: N. MAQUIAVELO, *El Príncipe*, Alianza Editorial, Madrid, 2015, 156 (cap. XXVI) «No se debe, en consecuencia, dejar pasar esta oportunidad para que Italia encuentre, después de tanto tiempo, su redentor»: *Ibid.*, 159 (cap. XXVI). Las cursivas en «redención» y «redentor» son propias.

<sup>14</sup> Es frecuente que la figura del gobernante que se dibuja en *El Príncipe* se interprete no como la de un monarca del tipo que fuera, sino más bien como la encarnación del actor político moderno debido a que los consejos ofrecidos por Maquiavelo tienen valor también para los cargos electos en una república. Véase S. S. WOLIN, *Política y perspectiva. Continuidad e innovación en el pensamiento político occidental*, Fondo de Cultura Económica, México D. F., 2012, 268.

cuenta en el ámbito del lenguaje cotidiano<sup>15</sup>. En este sentido, el pueblo no es capaz de entender por qué el gobernante debe de actuar de una manera u otra, ya que parte de una moral individual, impuesta en su esencia por la Iglesia católica, para cuya posición teórica ninguna acción inmoral podría justificarse en la consecución de un bien político. Así, debido a la dificultad en la que se ve imbuido el pueblo para entender lo que supone un juicio consecuencialista, es decir, aquel que se caracteriza por prescindir de la intención como clave de la moralidad, la que se encontraría, en cambio, en la apropiación del resultado, Maquiavelo «es odiado por haber “descubierto los pequeños altares” del arte de gobernar»<sup>16</sup>.

Retomando el asunto relativo a los instrumentos propios del arte del Estado, no podemos ignorar que estos no vienen a resultar efectivos a causa de su contenido moral, sino que triunfan políticamente debido a su eficacia, lo cual no implica que lo impuesto políticamente no pueda seducirnos en tanto que tenga un contenido que nos resulte íntegro. No resulta descabellado apuntar que la política no se puede limitar a la mera aplicación de medios inmaculados para la consecución de fines apropiados, de tal modo que podemos comprobar cómo la implementación de políticas legítimas requiere habitualmente una ruptura de las prácticas comúnmente aceptadas, inclusive en aquellos casos de los cuales se obtenga una situación virtuosa.

Por último antes de abordar los principios políticos maquiavelianos, resulta conveniente acercarnos a una serie de autores que han presentado tesis que apuntan en una dirección similar a la que aquí tiene cabida respecto de su contenido valorativo. En primer lugar debemos tener en cuenta la interpretación que da lugar a la idea del mito del redentor, la cual fue llevada a cabo por Antonio Gramsci (1891-1937). El teórico marxista entendió la obra de Maquiavelo como la respuesta a la necesidad de una reforma religiosa y moral que tuviese como objetivo la emancipación política, y la necesidad de un mito en el liderazgo de una acción colectiva en la que participasen grandes masas de hombres y mujeres. Para Gramsci, Maquiavelo trató de dar en *El Príncipe* medios al pueblo italiano, en especial a los no instruidos políticamente, para que constituyeran una masa revolucionaria<sup>17</sup>. Quería convencerlos de que existía «la necesidad de tener un “jefe” que sepa lo que quiere y cómo obtener lo que quiere, y de aceptarlo con entusiasmo»<sup>18</sup>, incluso si los medios, pero también el contenido, atentaban contra la ideología más generalizada por aquel entonces, la religión cristiana. En segundo

<sup>15</sup> No debemos pasar por alto la forma en que vulgarmente se ha entendido la figura y la obra de Maquiavelo: «Lógica maléfica, astucias acumuladas, perversidad serena, gozo en el crimen..., tales son probablemente los componentes del concepto de maquiavelismo, o al menos las resonancias de un término al que nos han acostumbrado la literatura, la prensa, o el uso cotidiano del lenguaje»: C. LEFORT, *Maquiavelo. Lecturas de lo político*, Editorial Trotta, Madrid, 2010, 14.

<sup>16</sup> A. GRAMSCI, *Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y sobre el Estado moderno*, Ediciones Nueva Visión, Buenos Aires, 1984, 141.

<sup>17</sup> Respecto de la instrucción del pueblo no cabe más que aceptar que, tal y como afirma el Maquiavelo que dibuja en su novela Maurice Joly, «Mi único crimen fue decir la verdad a los pueblos como a los reyes; [...] No soy yo el fundador de la doctrina cuya paternidad me atribuyen; es el corazón del hombre. *El maquiavelismo es anterior a Maquiavelo*. Moisés, Sesostri, Salomón, Lisandro, Filipo y Alejandro de Macedonia; Agátocles, Rómulo, Tarquino, Julio César y el mismo Nerón; Carlomagno, Teodorico, Clodoveo, Hugo Capeto, Luis XI, Gonzalo de Córdoba, César Borgia, he aquí los antecesores de mi doctrina.»: M. JOLY, *Diálogo en el infierno entre Maquiavelo y Montesquieu*, Colofón, México D.F., 2014, 12.

<sup>18</sup> GRAMSCI, *Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y sobre el Estado moderno*, 17.

lugar nos hemos de remitir a la interpretación de Sheldon S. Wolin (1922–2015), para quien la ciencia política que inauguraba Maquiavelo debía tratar de llevar a cabo una separación entre el análisis político y los valores propios del investigador, conocidos por Wolin como «creencias no examinadas»<sup>19</sup>, entre las cuales podemos situar los valores políticos más básicos del sujeto. Es decir, el análisis político es aquello que permite, tratando de mantener esas creencias no examinadas como centro en torno al cual se desarrollan las iniciativas políticas, que se opte por una determinada medida u otra según la estructura de oportunidad en cada momento. Por tanto, el asunto central es asumir que cabe adaptación de la posición del actor político solo en tanto que lo hace con la intención de salvaguardar esas creencias más profundas, esas intenciones políticas primeras. De hecho, la adaptabilidad de las posiciones maquiavelianas encuentra soporte en la obra de Bausi, para quien la idea de hacer de Lorenzo il Giovane un príncipe absoluto para Italia, lo cual presenta como uno de los propósitos principales de la obra del florentino sobre los principados, fue abandonada por él mismo tras la muerte de su inspirador en 1519<sup>20</sup>. En tercer lugar, hemos de tener en consideración la posición de Viroli, quien interpreta a Maquiavelo como «el verdadero fundador del republicanismo moderno.»<sup>21</sup> El sostenimiento de dicha tesis se lleva a cabo tras abordar una serie de rasgos propios de dicha tradición de pensamiento como son la concepción de la libertad como enfrentada a la dominación<sup>22</sup> y a la libertad excesiva<sup>23</sup>, los derechos políticos como derivación directa de la libertad política y de la vida civil<sup>24</sup>, la igualdad social que permite que sean los mejores los que accedan, a razón de sus méritos y capacidad, a las instituciones<sup>25</sup> y su compromiso con el ejercicio de un patriotismo entendido como amor a la comunidad que hace posible la libertad y la igualdad<sup>26</sup>. Por tanto, a modo de recapitulación, debemos sostener que existe un paralelismo entre los tres enfoques, teniendo en cuenta que cada uno de ellos se refiere de forma diferente a un mismo fenómeno, aunque con ciertos matices. El proyecto político del redentor (Gramsci), las creencias no examinadas (Wolin) y los rasgos ideológicos propios del republicanismo<sup>27</sup> (Viroli), suponen en la práctica la existencia de unos principios políticos relacionados con unos «valores» o concepciones morales amplias, que de una manera u otra se cristalizaron en el proyecto político maquiaveliano, y que a partir de este momento nos dedicaremos a analizar pormenorizadamente.

Una de las cuestiones respecto del *Arte de la guerra* que más consensos suscita es el hecho de que el principal interlocutor en la obra, el condotiero Fabrizio

<sup>19</sup> WOLIN, *Política y perspectiva*, 248.

<sup>20</sup> BAUSI, *Maquiavelo*, 209.

<sup>21</sup> M. VIROLI, *Republicanism*, Editorial de la Universidad de Cantabria, Santander, 2014, 58.

<sup>22</sup> *Ibid.*, 19.

<sup>23</sup> *Ibid.*, 87.

<sup>24</sup> *Ibid.*, 103.

<sup>25</sup> M. VIROLI, *La sonrisa de Maquiavelo*, Ediciones Folio, Barcelona, 2004, 21-22.

<sup>26</sup> VIROLI, *Republicanism*, 121.

<sup>27</sup> De hecho, para Viroli, *El Príncipe*, obra consagrada popularmente como la inspiración primera del gobierno absoluto, es en realidad un texto de inspiración republicana ya que, a diferencia de lo que consideraba Rousseau, para quien la esencia republicana del mismo descansaba en la revelación de los atroces vicios cometidos por las monarquías, establece la figura de un redentor que trae la posibilidad de subsanar la cultura política propia del republicanismo. Véase M. VIROLI, *Redeeming The Prince. The Meaning of Machiavelli's Masterpiece*, Princeton University Press, Princeton, 2014, 19.



Colonna, viene a representar al propio Maquiavelo. Debido a que se trata de un texto más bien de orden técnico, no son frecuentes los fragmentos en los cuales el autor muestra sus planteamientos de carácter político, sin embargo podemos encontrar una importante excepción:

Cosme — ¿En qué cosas querriais imitar a los antiguos?

Fabrizio — En honrar y premiar la virtud, no despreciar la pobreza, estimar el régimen y la disciplina militares, obligar a los ciudadanos a amarse unos a otros, y a no vivir divididos en sectas; preferir los asuntos públicos a los intereses privados, y en otras cosas semejantes que son compatibles con los actuales tiempos. No es difícil persuadirse de la utilidad de tales reformas, cuando seriamente se piensa en ellas, ni establecerlas apelando a los medios oportunos,...

Este es uno de los fragmentos de la obra de Maquiavelo que revela más claramente su pretensión de llevar a cabo un proyecto político que emulase a los clásicos y que conectase la realidad italiana de su siglo con la tradición republicana<sup>29</sup>. Aparte de este, podemos encontrar toda una serie de posicionamientos en muchos de sus escritos que nos permiten rastrear los valores que los inspiraban. Por nuestra parte atenderemos a aquellos fragmentos que se encuentran en sus obras fundamentales, como son *El Príncipe*, *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*, *El arte de la guerra* y *La Mandrágora*.

El primer pilar sobre el que se asienta todo proyecto político es, a ojos de Maquiavelo, la búsqueda del apoyo popular. Como muestra Miguel Saralegui, nuestro autor opta por el modelo romano, en el cual el gobernante busca el favor del pueblo antes que el de los nobles, incluso teniendo en cuenta que esto último, aquello que escogieron los venecianos y los espartanos, les permitió mantener su libertad por más tiempo que en Roma: «En consecuencia se puede decir que los motivos por los que se escoge a Roma, al menos en Discursos I 5, obedecen más a una forma —una guardia de la libertad que descansa en el pueblo— que a unos resultados.»<sup>30</sup> Esto parece demostrar efectivamente que el gobernante debe buscar el favor del pueblo, aunque sea consciente de que en la historia se han producido casos en los que esto no ha resultado efectivo. Por tanto, independientemente de la

<sup>28</sup> N. MAQUIAVELO, *Maquiavelo* (Estudio introductorio de Juan Manuel Forte Monge), Editorial Gredos, Madrid, 2011, 101 (lib. I).

<sup>29</sup> La gran decepción de la vida Maquiavelo se produjo al ser incapaz de implementar en Florencia el proyecto político por el que abogaba, de modo que, tras largos años de servicio a su patria, las reformas que trató de llevar a cabo como secretario fueron desechadas por los avatares de la historia. Sus últimas palabras en el *Arte de la guerra*, por boca de Fabrizio, así lo reflejan: «En cuanto a mí, me quejo del destino, que no debió hacerme saber estas importantes máximas sin darme los medios de realizarlas. Viejo ya, no creo tener ocasión de practicarlas, y por ello os las he explicado ampliamente para que, jóvenes como sois y de elevada posición social, podáis, si os parecen útiles, aprovechar mejores tiempos y el favor de vuestros príncipes para recomendárselas y ayudarles a plantearlas. No temáis ni os desalentéis; esta tierra de Italia parece destinada a resucitar las cosas muertas, como lo ha hecho con la poesía, la pintura y la escultura. No puedo alimentar, en lo que a mí atañe, tales esperanzas por mi avanzada edad. De haberme dado la fortuna en tiempo oportuno la posición necesaria para realizar tan grande empresa, creo que en brevísimo tiempo hubiera probado al mundo cuánto valen las instituciones antiguas, y ensanchado mis dominios gloriosamente o sucumbido sin deshonra.»

<sup>30</sup> M. SARALEGUI, *Maquiavelo y la contradicción. Un estudio sobre fortuna, virtud y teoría de la acción*, Ediciones Universidad de Navarra, Navarra, 2012, 422.

forma en la que se constituya el Estado, en el proyecto maquiaveliano no cabe otra cosa que tratar de ganarse dicho favor, como en tantas ocasiones se insiste en *El Príncipe*<sup>31</sup>. Esto implica asumir que no cabe desarrollar modelo político alguno que no goce del consentimiento de la comunidad, entre otras razones debido a la peligrosidad en la cual se incurre al intentar administrar una sociedad que desconfía de ti: «Por eso la mejor fortaleza es no ser odiado por el pueblo,...»<sup>32</sup>.

En segundo lugar debemos advertir el profundo compromiso que Maquiavelo adquiere con el respeto de la ley, entendiendo que sólo por medio de ésta se puede establecer una garantía para la convivencia. De ello se deriva que la implementación de una variación en la misma debido a un cambio en el titular del poder supone una medida ineficaz e irreflexiva:

El que adquiere territorios nuevos de estas características debe respetar dos principios si quiere conservarlos: el primero consiste en extinguir la familia del antiguo príncipe; el segundo en *no alterar ni sus leyes ni sus tributos*.<sup>33</sup>

Cuando, como decimos, se adquieren Estados que están acostumbrados a vivir con sus propias leyes y en libertad, el que quiera conservarlos dispone de tres recursos: el primero, destruir dichas ciudades; el segundo ir a vivir allí; el tercero, *dejarlas vivir con sus leyes*, imponiéndoles un tributo e implantando en ellas un gobierno minoritario que te las conserve fieles.<sup>34</sup>

Además, la ley, en tanto que instrumento político coactivo, implica el desarrollo de un determinado tipo de sociedad, ya que ésta rige los propósitos y las prioridades de la misma. Supone, igualmente, un ámbito en el que se manifiesta el verdadero poder político, de tal modo que Maquiavelo no puede menos que advertir que la ley viene a constituirse como un arma, por lo que aconseja al actor político a usarla, aunque en ocasiones ésta no sea suficiente: «Debéis, pues, saber que existen dos formas de combatir: la una con las leyes, la otra con la fuerza. La primera es propia del hombre; la segunda, de las bestias; pero como la primera muchas veces no basta, conviene recurrir a la segunda.»<sup>35</sup> Esto no implica que Maquiavelo haga una descripción de la ley como instrumento de la tiranía, sino más bien como un medio para condicionar la sociedad, para poder conducirla por el proyecto político trazado. Un ejemplo de ello es la aplicación sistemática de la ley en el caso de la necesidad de imponer castigo a quien no cumple los mandatos legales. Esto se establece sin perjuicio del desarrollo de la libertad, protegida precisamente por la ley, la cual asegura, por medio de las instituciones, que ningún ciudadano prime sobre otro:

Entre los reinos bien ordenados y gobernados en nuestra época se halla el de Francia. Hay en él infinitas instituciones buenas de las que depende la libertad y seguridad del rey. La primera de ellas es el parlamento y su autoridad,...Por eso

<sup>31</sup> MAQUIAVELO, *El Príncipe*, 50 (cap. III), 85 (cap. IX), 123, 125 (cap. XIX), 139 (cap. XX).

<sup>32</sup> *Ibid.*, 139 (cap. XX).

<sup>33</sup> *Ibid.*, 51 (cap. III). El uso de la cursiva es propio.

<sup>34</sup> *Ibid.*, 63 (cap. V). El uso de la cursiva es propio.

<sup>35</sup> *Ibid.*, 119 (cap. XVIII).

instituyó un tercer juez para que, sin carga alguna del rey, castigara a los nobles y favoreciera a los inferiores.<sup>36</sup>

Podría aducirse respecto del supuesto respeto a la ley que todo orden político la resguarda en tanto que ésta emana de él, de modo que le favorece en sus propósitos. Frente a esta idea, enfatizar la necesaria predisposición a acatar la ley en la obra de Maquiavelo sirve en primer lugar para mostrar cómo el gobernante no debe considerarse a sí mismo por encima del derecho. Esto es consecuencia de postular que su autoridad ya no proviene de una legitimación trascendental o hereditaria, de tal modo que el príncipe nuevo, si quiere mantenerse como tal, debe respetar los modos de vida del pueblo. En segundo lugar, el respeto a la ley implica la aceptación de que el gobernante no debe ser ajeno al hecho de que la ley, mientras sea aceptada por el pueblo, no debe ser cambiada, ya que, al menos en forma de consentimiento, existe el germen de un tipo de legitimación popular a la cual no conviene enfrentarse manifiestamente.

El cuarto de los principios políticos maquiavelianos tiene que ver con el desarrollo de la libertad entendida como no dominación, un ideal propio del republicanismo. Se trata de una libertad que no requiere exclusivamente la persistencia de la posibilidad de actuar en una dirección sin interferencia ajena, sino que implica también la no aparición de una instancia superior que tenga la opción, como dominadora, de coartar dicho ejercicio<sup>37</sup>. La libertad es, ante todo, ausencia de opresión: «Quien alcanza el principado mediante el favor del pueblo debe, por tanto, conservárselo amigo, lo cual resulta fácil, pues aquél solamente pide no ser oprimido.»<sup>38</sup>

Uno de los ámbitos en torno a los cuales Maquiavelo supuso una fuerte influencia teórica en el proceso de creación del Estado moderno fue la búsqueda de la igualdad ante la ley de todos los ciudadanos. Se trataba fundamentalmente de acabar con los estamentos y suprimir las jurisdicciones que no emanasen del Estado. De este modo, Maquiavelo rechaza de forma explícita el hecho de que existan nobles que cuenten con una serie de súbditos que les obedezcan:

Y para aclarar qué quiere decir eso de gentilhomme, diré que se llama así a los que están ociosos y viven de las rentas de sus posesiones regaladamente, sin tener ningún cuidado del cultivo de la tierra ni de otras fatigas necesarias para la vida. Esos tales son perniciosos en toda república y en toda provincia, pero más perniciosos aún son los que, además de todo eso, poseen castillos y tienen súbditos que les obedecen.<sup>39</sup>

La posición de los nobles, perjudicial en tanto que capaz de obligar a sus súbditos a actuar en una dirección diferente a la marcada por el Estado, encuentra un paralelismo en la figura de los jefes militares que, por medio de su poder, pueden motivar a sus subordinados a la desobediencia frente a las instituciones, lo cual se

<sup>36</sup> Ibid., 125 (cap. XIX).

<sup>37</sup> VIROLI, *Republicanism*, 87-95.

<sup>38</sup> MAQUIAVELO, *El Príncipe*, 86 (cap. IX).

<sup>39</sup> MAQUIAVELO, *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*, 170 (I, 55).

ha de prevenir<sup>40</sup>. Por otro lado, la igualdad ante la ley requiere también que todos reciban los mismos castigos y premios en función de su comportamiento, independientemente de su posición social o sus méritos anteriores. Por tanto, ninguna república debe pasar por alto los deméritos de sus ciudadanos al contrarrestarlos con sus méritos. Debe, en cambio, establecer premios para las buenas acciones, y castigos para las malas, castigos que no deben ser menores para los ciudadanos ilustres: «Porque si un ciudadano que ha hecho algo egregio por la ciudad añade, a la reputación que esto le ha acarreado, la audacia y la confianza de poder hacer cualquier cosa impunemente, se volverá pronto tan insolente que se disolverá toda forma de vida civil.»<sup>41</sup>

El valor de la igualdad no se encuentra presente únicamente en el ámbito de lo jurídico, sino que también se extiende al económico, apareciendo su consecución como quinto principio político. Teniendo en cuenta que Maquiavelo considera que el foco de mayor conflictividad social es la tremenda ambición y codicia por los bienes materiales, una de las cosas que debe tratar de hacer el Estado es atemperar dicho deseo, de tal modo que la pobreza deje de implicar un mal en sí mismo. De hecho, que uno de los ciudadanos pase a tener una riqueza muy superior al resto se interpreta como síntoma de corrupción:

...para que un ciudadano pueda resultar dañoso y hacerse con una autoridad extralegal, se necesitan una serie de condiciones que casi nunca se encuentran en una república no corrupta, pues tal ciudadano ha de ser riquísimo y tener allegados y partidarios, lo que no podrá suceder allí donde se cumplan las leyes,...<sup>42</sup>

Este fragmento pone de manifiesto la necesidad de que no exista en la comunidad alguien con semejante poder económico como para subvertir el orden establecido. Se trata de hacer efectiva la igualdad que pretenden instaurar las leyes, partiendo inicialmente, por su tendencia a incentivar la virtud, de una pobreza común a todos los ciudadanos: «Ya hemos dicho otras veces que la disposición más útil que puede tomarse en un estado libre es mantener pobres a los ciudadanos.»<sup>43</sup> Dicha pobreza no es para Maquiavelo una medida que garantice el eficaz control de las poblaciones, limitadas en su capacidad de acción por medios monetarios, sino, como podemos leer en el fragmento anterior, un modo de mantener la libertad dentro del Estado, ya que, como en Roma, ésta no supone un impedimento para el acceso del ciudadano a las magistraturas<sup>44</sup>. Por otro lado, como forma de evitar que la pobreza inicial pudiese conducir a una situación de desigualdad, es permanente la búsqueda de medidas que compensen la situación, como es el caso del

<sup>40</sup> «Para que los jefes no sean causa de desórdenes, hay que procurar que no adquieran demasiado prestigio ante sus subordinados [...] debe procurarse que el que ha nacido en un lugar no mande a los reclutados en el mismo, sino que sea destinado como jefe a un sitio donde no tenga motivos de particular interés [...] hay que disponer las cosas de manera que cada año los jefes cambien de destino, porque el mando permanente sobre los mismos hombres crea entre ellos tal unión que fácilmente puede volverse en perjuicio del propio gobernante.»: Nicolás MAQUIAVELO, *El arte de la guerra*, Editorial Tecnos, Madrid, 2008, 44-45 (lib. I).

<sup>41</sup> MAQUIAVELO, *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*, 101 (I, 24).

<sup>42</sup> *Ibid.*, 121 (I, 34).

<sup>43</sup> *Ibid.*, 391 (III, 25).

<sup>44</sup> *Ibid.*, 392 (III, 25).

establecimiento de una especie de antecedente de los impuestos progresivos<sup>45</sup>, lo cual permitiría que el erario público se mantuviese rico.

Una de las advertencias más significativas que Maquiavelo da al gobernante es la de evitar adueñarse de la propiedad de los súbditos. Aparece así un derecho de propiedad implícito, el cual está limitado por la búsqueda de la igualdad de todos los ciudadanos y por, en lo que constituye el sexto principio político, la preferencia del desarrollo público respecto de los intereses privados. Se trata de evitar una gran concentración de propiedad que conlleve de facto el fin de la idea de comunidad, la cual se caracteriza por la igualdad inherente a la justicia. De este modo, poner por encima los intereses comunes supone ser precavidos en relación con el desarrollo de sentimientos semejantes a la envidia, la cual corroe la ciudad<sup>46</sup>. Lo que se pretende es motivar el uso adecuado de la propiedad y su materialización en actividades como el comercio o la agricultura, las cuales suministran un bien para el grupo, no solo para el sujeto, por lo cual deben de ser fomentadas por el Estado:

Un príncipe debe mostrar también su aprecio por el talento y honrar a los que sobresalen en alguna disciplina. Además, debe procurar a sus ciudadanos la posibilidad de ejercer tranquilamente sus profesiones, ya sea el comercio, la agricultura o cualquier otra actividad, sin que nadie tema incrementar sus posesiones por miedo a que le sean arrebatadas o abrir un negocio por miedo a los impuestos. Antes bien, debe incluso tener dispuestas recompensas para el que quiera hacer estas cosas y para todo aquel que piense por el procedimiento que sea engrandecer su ciudad o su Estado.<sup>47</sup>

Respecto de este pasaje debemos tener en cuenta el acierto de Max Horkheimer (1895-1973) al señalar que la *virtus* maquiaveliana incluye, además de la valentía y la nobleza, la laboriosidad entendida como capacidad productiva<sup>48</sup>. En este sentido, para Horkheimer la virtud en Maquiavelo supone una valentía y un coraje para la iniciativa que viene a estar representada en el navegante, empresario o banquero del Renacimiento. Siendo cierto que el autor florentino no rechaza la actividad económica y ve en ella una necesidad, lo cual no resulta extraño sabiendo cómo se desarrollaron las ciudades-estado italianas, es siempre consciente de que se debe subordinar el interés privado al público. Prueba de ello es la forma en la que considera que se debe gestionar el dinero obtenido por medio de la guerra: «Aquí hay que señalar dos cosas muy notables: una, la pobreza, en la que vivían contentos, y cómo aquellos ciudadanos se conformaban con ganar honor en la guerra, dejando las riquezas al erario público;...»<sup>49</sup> De hecho, la preferencia por lo público es precisamente lo que para Maquiavelo constituye la república, en contra de cómo ha funcionado habitualmente la monarquía:

<sup>45</sup> «Y aunque los tribunos se afanaban por anular esta concesión, diciendo que era algo que no liberaba a la plebe, sino que la gravaba, pues era preciso crear impuestos para pagar este sueldo, sin embargo, no lograron convencer de ello a la plebe; y el senado aumentó aún más la aceptación popular por el modo en que distribuyó los impuestos, porque los mayores y más pesados recayeron sobre la nobleza, que fue la primera en pagarlos.» Ibid., 159 (I, 51).

<sup>46</sup> Ibid., 56 (I, 8).

<sup>47</sup> MAQUIAVELO, *El Príncipe*, 144 (cap. XXI).

<sup>48</sup> M. HORKHEIMER, *Historia, metafísica y escepticismo*, Editorial Altaya, Barcelona, 1995, 27.

<sup>49</sup> MAQUIAVELO, *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*, 393 (III, 25).

Y sin duda este bien común no se logra más que en las repúblicas, porque éstas ponen en ejecución todo lo que se encamine a tal propósito.[...] Lo contrario sucede con los príncipes, pues la mayoría de las veces lo que hacen para sí mismos perjudica a la ciudad, y lo que hacen para la ciudad les perjudica a ellos.<sup>50</sup>

Este fragmento nos advierte de cómo Maquiavelo era consciente de que la monarquía implicaba en casi todos los casos la mera satisfacción de los intereses de quien ostenta la corona, de modo que la ciudad se veía perjudicada «la mayoría de las veces». En cambio, el príncipe nuevo de Maquiavelo viene a representar la posición contraria, ya que en caso alguno debe satisfacer sus propios intereses, de tal modo que debe tan solo preocuparse de mantener el poder, en tanto que solo a través de éste se puede garantizar que se lleve a cabo la regeneración necesaria.

El séptimo y último principio político es el fomento de la virtud en los ciudadanos, la cual se percibía en una época clara de decadencia, tal y como señala Maquiavelo a través de uno de los protagonistas de su comedia<sup>51</sup>. Aceptando la dificultad consustancial a intentar extraer una definición única de virtud común a toda la obra del florentino<sup>52</sup>, podemos considerarla como un atributo propio del sujeto o de la colectividad que se encuentra por definición enfrentado a la *fortuna*, y que está constituido por un conjunto de capacidades relativas a la acción en distintos ámbitos, como son el pensamiento, el gobierno o el desempeño militar. La necesidad de fomentarla desde el estado es algo que ya fue advertido por los romanos, los cuales optaron, como nuestro autor señala, por elegir sus cargos sin tener en cuenta la edad sino el buen hacer de los magistrados<sup>53</sup>. Por tanto, la virtud debe predominar y estar adecuadamente promocionada, de tal modo que se ha de «...estimar a los buenos ciudadanos, y dar más importancia a la virtud que a esas comodidades de las que parecía estar privado por sus acciones.»<sup>54</sup> Precisamente la idea del mérito es una de las razones por las que Maquiavelo, aun entendiendo la necesidad de instaurar en determinadas situaciones una monarquía, en especial en los casos de fundación y redención de la comunidad, tiene una visión global más proclive al apoyo de las repúblicas, ya que «[l]as repúblicas generan más hombres de talla que las monarquías, porque, si normalmente en aquéllas se valora el mérito, en éstas se teme. De ahí que en las primeras los hombres valerosos se crezcan y en las segundas se apaguen.»<sup>55</sup> Es más, la república es el modelo que garantiza que existan canales que permitan a los mejores participar del ámbito gubernamental, lo que implica que la virtud de los ciudadanos revierte en el beneficio de todos. Se

<sup>50</sup> Ibid., 196 (II, 2).

<sup>51</sup> En la escena tercera del acto segundo de *La Mandrágora* se produce una conversación entre Siro y Messer Nicia en la cual este último sostiene lo siguiente: «Nicia: Y hace muy bien. En esta tierra no hay más que gente mezquina; no se aprecia ninguna virtud.»: Nicolás MAQUIAVELO, *La Mandrágora*, Fontamara, México D.F., 2009, 41. De una forma similar, el autor señala en el Prólogo la decadencia de tan necesario elemento de la vida pública: «De aquí depende, sin duda alguna, / cómo en el presente siglo / se pervierte la virtud antigua; / aconteció que la gente, / viendo tanta censura, / no se esfuerza, no intenta / realizar una obra para que luego el viento la destruya y la nieve la malogre.» Ibid., 18.

<sup>52</sup> SARALEGUI, *Maquiavelo y la contradicción*, 428-429.

<sup>53</sup> MAQUIAVELO, *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*, 183-184 (I, 60).

<sup>54</sup> Ibid., 306 (III, 1).

<sup>55</sup> MAQUIAVELO, *El arte de la guerra*, 92 (lib. II).

trata, en última instancia, de reconocer públicamente los méritos de cada uno: «Una república bien organizada debe, en consecuencia, abrir los caminos, como he dicho, a los que buscan reputación por los procedimientos públicos, y cerrarlos a los que la buscan por vías privadas,...»<sup>56</sup>.

Quizás la defensa más clara de la virtud que Maquiavelo lleva a cabo se encuentra en el capítulo veinticinco de *El Príncipe*, aquél dedicado a la fortuna. Como muestra Viroli, tanto éste como el siguiente, los dos últimos capítulos de la obra, están elaborados con el propósito de persuadir al lector de que la acción de emancipación política es posible y que quien la lleve a cabo obtendrá verdadera y duradera gloria<sup>57</sup>. Con dicha intención se refuta la idea de que la fortuna controla todo lo que sucede, de tal modo que quede espacio para decisión del hombre, para su acción, para su virtud<sup>58</sup>. Por tanto, si hay virtud en el pueblo, y en especial en aquellos encargados de las principales magistraturas, nada podrá cambiar el buen rumbo del estado.

A modo de recapitulación, podemos considerar que son siete los principios políticos del proyecto maquiaveliano: la búsqueda del favor del pueblo, el respeto de la ley, la promoción de la libertad en tanto que no dominación, el desarrollo de la igualdad ciudadana ante la ley y en el ámbito económico, la preferencia de lo público frente a los intereses privados y la promoción de la virtud. Tenidos en cuenta dichos principios, conviene subrayar que nuestra aportación no consiste en evaluar si existe una premeditación en Maquiavelo o no de crear dichas posiciones políticas con una carga moral, o si se puede limitar cada una de sus medidas al mero ámbito de la efectividad. Es decir, la intencionalidad nos resulta indiferente, ya que, como hemos introducido anteriormente, la evaluación de su política parte de un juicio consecuencialista, como es habitual en el ámbito político. Si el monarca se debe apoyar en el pueblo por criterios de pura efectividad o lo debe de hacer debido a que es un valor en sí mismo, no debiera importarnos. En cambio, Viroli considera que Maquiavelo legitimaba sus propuestas dándoles una aureola de efectividad:

No podía señalar que era mejor una república simplemente porque garantizaba la libertad y la grandeza. Tenía que tomar armas prestadas del arsenal del enemigo. Eligió las dos armas que el Estado había utilizado siempre, en ocasiones exitosamente, contra la república: habló de estabilidad y eficacia.<sup>59</sup>

A diferencia de Viroli, quien no parece albergar duda alguna, nuestra tesis opta por no resolver el asunto de la intencionalidad por considerar que existen evidencias que podrían avalar lo contrario. De este modo, cuando sostenemos que la promoción de la virtud es un elemento consustancial al proyecto maquiaveliano no estamos sugiriendo que al teórico florentino le preocupase que todos y cada uno de los ciudadanos de un estado atesorasen capacidades para su desarrollo personal como individuo dotado de una dignidad inalienable, sino que en cambio lo que

<sup>56</sup> MAQUIAVELO, *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*, 399 (III, 28).

<sup>57</sup> VIROLI, *Redeeming The Prince*, 108.

<sup>58</sup> Presentando la fortuna como una mujer, cree que serán favorecidos por ella aquéllos que consigan «tenerla sumisa, castigarla y golpearla.»: MAQUIAVELO, *El Príncipe*, 155 (cap. XXV).

<sup>59</sup> VIROLI, *De la política a la razón de Estado*, 205.

pretendía era mostrar la evidencia de que la competición con otros países y el mantenimiento del orden interno pasa por contar con una serie suficiente de sujetos formados en todo aquello que beneficie al Estado. Esta posición es extrapolable a cada uno de los principios políticos de Maquiavelo, de tal modo que incluso su aprobación de la elección de cargos en una república se legitima de una manera similar:

Porque a un pueblo licencioso y tumultuario un hombre bueno puede hablarle y llevarlo al buen camino, pero a un mal príncipe, nadie le puede hablar, y contra él no hay más recurso que la espada.<sup>60</sup>

No se trataba de que la elección de cargos en el modelo republicano se aprobase haciendo gala de un discurso que pusiese el acento en los superiores valores democráticos, de los cuales todo ciudadano se presupone partícipe, lo cual es ciertamente discutible, sino que se legitimaba debido a que aparecía como el sistema que permitía afrontar los conflictos sociales, y por supuesto los designios de *fortuna*, sin derramamiento de sangre. Esto supone acercarse a la política desde el punto de vista del paradigma verdaderamente realista, ya que se trata de aceptar como cierto el hecho de que el Estado se mueve dentro de la lógica de la correlación de fuerzas, de tal modo que o los ciudadanos son capaces de establecer núcleos de poder propios o el Estado les proporcionará tan solo aquello que le favorezca. En este sentido todo aquello que acentúe la filantropía con la que actúa el Estado no puede ser otra cosa que propaganda, tomando un significado amplio del término, la cual tenía su sitio en la obra de Maquiavelo<sup>61</sup>.

¿Por qué entonces es necesario enfatizar en el contenido moral de los principios políticos maquiavelianos a pesar de aceptar que estos podían no tener más intención que establecer medidas políticas eficaces? La respuesta la encontramos en el hecho de que el presente texto trata de huir de la tesis que aboga por entender la teoría política de Maquiavelo como completamente ajena a los valores. Lo que hemos llamado principios políticos adquiere una carga moral debido a nuestra pretensión de afirmar que si existen fines marcados en la política maquiaveliana, de modo que, aceptando dichos propósitos, solo les está permitido a los partícipes del poder político saltarse algunas prohibiciones en lo relativo a su comportamiento debido a las necesidades que la política práctica impone sobre sus actores. Es más, debemos afirmar que la moral que crean los principios políticos de Maquiavelo se impregna de la noción de eficacia que tiene su política en tanto que sirve para la construcción de un orden que posibilite la adecuada canalización de los conflictos colectivos, de tal modo que no se perjudique al grupo. En esta línea parece adentrarse la posición de Viroli en su interpretación del modelo maquiaveliano: «En Roma, los conflictos sociales se arreglaban discutiendo y mediante leyes; en Florencia, combatiendo y con el exilio y la muerte de muchos ciudadanos. Aquella,

<sup>60</sup> MAQUIAVELO, *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*, 180 (I, 58).

<sup>61</sup> Las ilusiones en el pensamiento de Maquiavelo, como así señala Wolin, vienen a cumplir una doble dimensión. Mientras que por un lado es necesario disipar aquellas que interfieren con los fines apropiados, el actor político debe crear y explotar las ilusiones que sirven a estos fines. O dicho de otra forma, la política no debe tratar de eliminar prejuicios o fantasías siempre que éstos le beneficien, lo que significa por tanto que debe ser capaz de movilizar un discurso que le permita perpetuarse en el poder. Véase WOLIN, *Política y perspectiva*, 256.



por efecto de sus conflictos sociales, aumentaba su fuerza militar; ésta, la perdía.»<sup>62</sup> Es decir, el triunfo de Roma se dio como consecuencia, entre otras cosas, del establecimiento de formas de canalizar los conflictos que no suponía el debilitamiento de la misma, y que se hacía conforme a unos procedimientos políticos reglados. Por tanto, ¿es la política realista, aquella que es capaz de entender que los gobernantes no pueden permitirse obedecer algunos de los valores que posibilitan un buen desarrollo de la vida colectiva, debido a que son presos de una moral condicionada a los resultados, la única capaz de establecer un marco de relaciones sociales que fortalezca al Estado por medio de un tipo adecuado de canalización de los conflictos? Desde luego en la obra de Maquiavelo, por medio de la apelación a una supuesta eficacia, se termina configurando una serie de elementos que dotan de un contenido normativo a la acción política a través de unos principios que concuerdan en parte con la forma en que se entiende la libertad, la igualdad y la justicia en las democracias representativas.

---

<sup>62</sup> VIROLI, *La sonrisa de Maquiavelo*, 220.